

La emboscadura (fragmento)

Ernst Jünger

1

“Irse al bosque”, “emboscarse”, lo que se esconde detrás de esas expresiones no es una actividad idílica. Antes, al contrario, el lector de este escrito habrá de disponerse a emprender una excursión que da qué pensar; una caminata que conducirá no sólo más allá de los senderos trillados, sino también más allá de los límites de este libro.

La cuestión que aquí se trata es una cuestión medular de nuestro tiempo; es decir, una cuestión que en todo caso entraña peligros amenazadores. Al igual que lo hicieron en su momento nuestros padres y nuestros abuelos, también nosotros hablamos mucho de “cuestiones”. De entonces hasta ahora, eso que se denomina en este sentido una “cuestión” ha sufrido ciertamente cambios significativos. ¿Hemos llegado a cobrar conciencia de esto en grado suficiente?

No quedan tan lejos de nosotros los tiempos en que tales cuestiones eran vistas como grandes enigmas — como el “enigma del mundo”, por ejemplo — y abordadas con optimismo; con un optimismo que se creía capaz de hallarles solución. Las otras cuestiones, diferentes de estas, eran consideradas más bien como problemas prácticos; así, la cuestión femenina o la cuestión social en general. También de estos problemas se pensaba que eran solucionables, aunque la solución no se esperaba tanto de la investigación como de la evolución de la sociedad hacia unos órdenes nuevos.

Entretanto, la cuestión social ha quedado resuelta en vastas zonas de nuestro planeta. La

sociedad sin clases ha hecho evolucionar de tal manera esa cuestión, que ésta ha pasado a convertirse más bien en una parte de la política exterior. Esto no quiere decir, naturalmente, que estén desapareciendo sin más las cuestiones, como se creyó en los primeros momentos de euforia — por el contrario, afloran a la superficie otras cuestiones; unas cuestiones distintas de las anteriores y más candentes que ellas. De una de estas cuestiones vamos a ocuparnos aquí.

2

El lector habrá hecho ya en sí mismo la experiencia de que la esencia de las “cuestiones” ha sufrido cambios. Vivimos en unos tiempos en que continuamente están acercándose a nosotros poderes que vienen a hacernos preguntas; a plantearnos cuestiones. Y esos poderes no están llenos únicamente de un afán ideal de saber. Al aproximarse a nosotros con sus cuestiones, lo que de nosotros esperan no es que aportemos una contribución a la verdad objetiva; más aún: ni siquiera esperan que contribuyamos a la solución de los problemas. A lo que esos poderes conceden valor no es a nuestra solución, sino a nuestra respuesta a las preguntas que nos hacen.

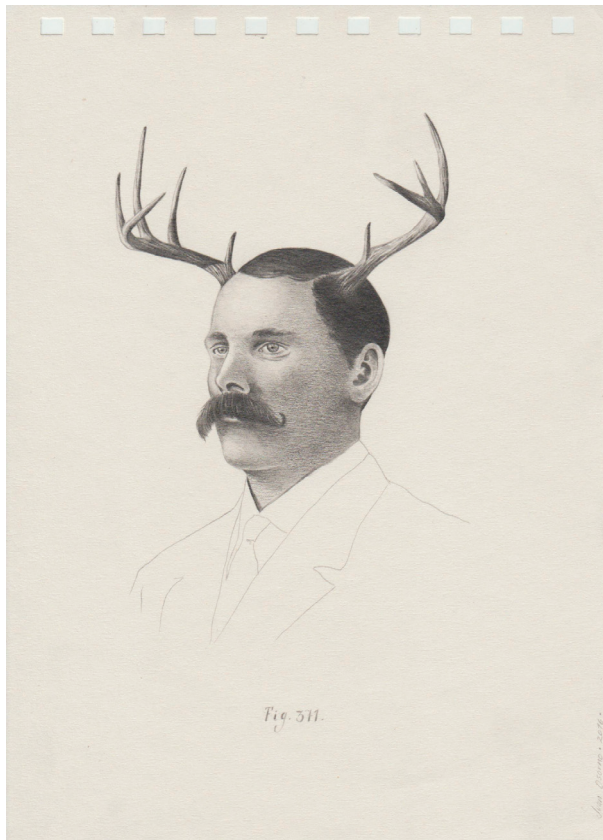
Esta diferencia es importante. Aproxima la cuestión al cuestionario, el interrogante al interrogatorio. Eso puede estudiarse bien en la evolución que nos lleva de la papeleta del voto al folio del cuestionario. La papeleta de voto tiene como objetivo verificar unas relaciones numéricas y evaluarlas. Pretende averiguar qué es lo que el votante quiere, y

el proceso electoral se orienta a que esa voluntad del votante pueda expresarse con limpieza, sin sujeción a influencias ajenas. De ahí que la votación vaya acompañada también de un sentimiento de seguridad y aun de un sentimiento de poder, tal como corresponde a un acto libre de la voluntad ejecutado en el ámbito del derecho.

El hombre de nuestros días que se ve precisado a responder a un cuestionario está muy lejos de sentir tal seguridad. Las respuestas que da se hallan cargadas de graves consecuencias; de las contestaciones que ese hombre dé, depende a menudo su propia suerte. Vemos cómo el ser humano está llegando a una situación en la cual se le exige que él mismo genere unos documentos que están calculados para provocar su ruina. Y son a menudo cosas tan irrelevantes las que hoy en día provocan la ruina...

Es evidente que lo que empieza a manifestarse en este cambio del modo de hacer preguntas es un orden de cosas enteramente diferente del que encontrábamos a comienzos de este siglo. En este nuevo orden no existe ya la antigua seguridad, y nuestro pensamiento se ve forzado a acomodarse a ello. Las preguntas arremeten contra nosotros con un rigor y una urgencia cada vez mayores, y nuestro modo de contestar adquiere un significado cada vez más grave. Aquí es preciso tener en cuenta que también el callar es una respuesta. Nos preguntarán entonces por qué hemos callado en tal momento y en tal lugar y nos pasarán la factura. Tales son las disyuntivas de nuestro tiempo, a las que nadie escapa.

Es notable el modo en que, estando así las cosas, todo se convierte en una respuesta, tal como aquí la entendemos, con lo cual todo se convierte también en materia de responsabilidad. Tal vez no se vea todavía con claridad suficiente, ni siquiera hoy, en qué medida la papeleta de voto, por poner un ejemplo, se ha transformado en folio de cuestionario. Pero eso



Juan Osorno. *Protuberancias 2*. Lápiz sobre papel.
21 x 15 cm. 2016

lo tiene desde luego bien claro, en la medida en que actúa, todo ser humano que no posea realmente la suerte de vivir en un parque natural protegido. Son nuestras actuaciones, más que las teorías que hacemos, las que hacen que estemos a tono con los peligros que nos amenazan. Ahora bien, no adquiriremos una seguridad nueva si no recapacitamos sobre esto.

El votante en que aquí estamos pensando se acercará, pues, a la urna con unos sentimientos enteramente distintos de aquellos que experimentaban su padre o su abuelo. Desde luego que hubiera preferido, con mucho, mantenerse alejado de la urna. Ahora bien, en ese alejamiento se hubiera expresado una respuesta inequívoca. Pero también aparece peligrosa la participación, puesto que no debe olvidarse que existe la dactiloscopia, la ciencia de las huellas digitales, y también unos métodos estadísticos muy sutiles.

¿Por qué, pues, votar, es decir, elegir, en una situación en la que ya no queda elección?

La respuesta que a esta pregunta se da es que, al ofrecerle a nuestro votante la papeleta de voto, se le ofrece la ocasión de participar en un acto de aclamación. No a todo el mundo se lo considera digno de semejante ventaja; así, en las listas faltarán, sin ningún género de duda, los nombres de los innumerables desconocidos de los que se reclutan los nuevos ejércitos de esclavos. De ahí que el votante acostumbre a saber qué es lo que de él se aguarda.

Hasta aquí las cosas están claras. A medida que van desarrollándose las dictaduras, se van reemplazando también las elecciones libres por plebiscitos. Pero el ámbito abarcado por estos es mayor que el que, con anterioridad a ellos, ocupaban las elecciones. Lo que ocurre es, más bien, que la elección misma se convierte ahora en una de las modalidades del plebiscito.

Este puede tener un carácter público, lo cual ocurre en los sitios donde se exponen a la vista los caudillos o los símbolos del Estado. El espectáculo de grandes masas movidas por las pasiones es uno de los más importantes signos indicativos de que hemos entrado en una edad nueva. En los sitios donde se ejerce tal fascinación, domina, si no la unidad de ánimo, sí la unidad de voces, pues si aquí se alzase una voz diferente se formarían a su alrededor remolinos que aniquilarían a quien la profiriese. De ahí que la persona singular que quiere hacerse notar de esa manera pueda también decidirse en el acto a cometer un atentado: en sus consecuencias aboca a lo mismo.

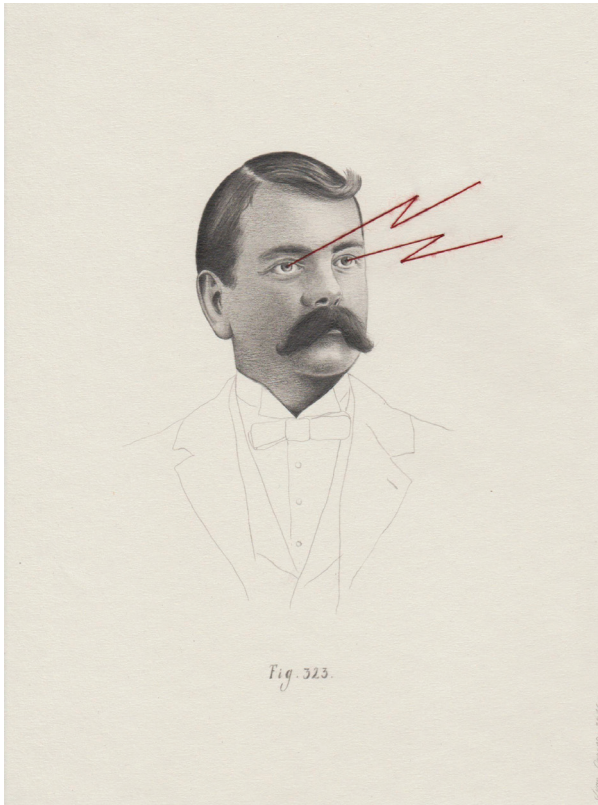
Pero en los sitios donde el plebiscito se disfraza con la modalidad de las elecciones libres se concederá valor a mantener secreto su carácter de plebiscito. La dictadura pretende de ese modo aducir una demostración no solamente de que se apoya en la mayoría, sino que el aplauso de esta tiene al mismo tiempo sus raíces

en la libre voluntad de cada cual. El arte del caudillaje no consiste sólo en plantear bien la pregunta, sino, a la vez, en escenificarla bien — en su puesta en escena — y esta es un monopolio. La puesta en escena tiene la misión de presentar el proceso como un coro avasallador que mueve a terror y admiración.

Hasta aquí las cosas parecen clarísimas, aunque a un espectador de determinada edad le resultan desde luego novedosas. El votante se ve confrontado a una pregunta tal, que resulta recomendable contestarla en el sentido deseado por quien la hizo, y ello por motivos aplastantes. Pero la verdadera dificultad está en que al mismo tiempo debe conservarse la ilusión de la libertad. Con ello la cuestión desemboca en la estadística, como que en ella desembocan todos los procesos morales que se dan en estos ámbitos. Vamos a ocuparnos en sus detalles con cierto detenimiento. Serán los que nos conduzcan a nuestro tema.

3

Unas votaciones en las cuales el cien por cien de los votos concuerde con lo deseado es una cosa que casi no plantea ninguna dificultad desde el punto de vista técnico. Ya ha habido casos en que se ha alcanzado esa cifra; incluso se han dado casos en que se la ha sobrepasado. Al aparecer hubo en algunos distritos electorales un número de votos mayor que de votantes. Lo que tales incidentes ponen de manifiesto son fallos en la dirección escénica, fallos que no todas las poblaciones están dispuestas a consentir. En los sitios en que operan propagandistas más sagaces, las cosas se presentan más o menos de la manera siguiente: el cien por cien; una cifra ideal y, como todos los ideales, algo que nunca puede alcanzarse. Pero es posible acercarse a esa cifra, de modo muy similar a como en los deportes cabe acercarse en fracciones de segundo o de metro a ciertos records que también son inalcanzables. Una enorme cantidad de cálcu-



Juan Osorno. *Fenómenos oculares 2* (fig. 323). Lápiz e hilo rojo sobre papel. 21 x 15 cm. 2016

los complicados es lo que a su vez determina en qué grado cabe acercarse al ideal.

En aquellos sitios donde las dictaduras están ya firmemente asentadas, un noventa por ciento de “síes” sería algo que se apartaría demasiado del ideal. No cabe confiar en que a las masas se les ocurrirá la idea de que en todo diez por ciento se oculta un enemigo secreto. En cambio, una cifra de votos nulos y de “noes” que se moviese en torno al dos por ciento sería no sólo soportable, sino también favorable. Pero nosotros no vamos a considerar ese dos por ciento como algo residual ni a dejarlo, por tanto, de lado. Ese dos por ciento merece que le dediquemos un estudio detallado. Precisamente en los residuos es donde hoy en día se encuentran las cosas insospechadas.

El provecho que de ese dos por ciento saca el organizador de las elecciones es doble: por un

lado, ese dos por ciento otorga curso legal al restante noventa y ocho por ciento de los votos, pues testifica que cada uno de los que votaron de este último modo podría haber votado en el mismo sentido en que lo hizo aquel dos por ciento. Con ello adquieren valor los “síes”. Se convierten en algo auténtico y que tiene completa validez. Para las dictaduras es importante demostrar que en ellas no está extinguida la libertad de decir “no”. Este es uno de los máximos cumplidos que cabe rendir a la libertad.

La segunda ventaja de ese dos por ciento que estamos estudiando consiste en que mantiene el movimiento continuo del cual no pueden prescindir las dictaduras. Ese es el motivo por el que estas suelen presentarse siempre como un “partido”, cuando en realidad eso es absurdo. Si se alcanzase el cien por cien de los votos, se alcanzaría el ideal. Pero esto traería consigo los peligros que siempre van anexos al cumplimiento pleno de algo. También es posible dormirse en los laureles de la guerra civil. En presencia de toda gran fraternización es preciso preguntarse: pero el enemigo ¿dónde está? Tales inclusiones son al mismo tiempo exclusiones, exclusiones de un tercero, de un tercero al que se odia, pero del que no es posible prescindir. La propaganda ha de recurrir a una situación en la cual, ciertamente, al enemigo del Estado, al enemigo de la clase, al enemigo del pueblo, se le han propinado recios golpes en la cabeza y aun se lo ha convertido casi en una cosa ridícula, pero que, a pesar de ello, todavía no se ha extinguido del todo. Las dictaduras no pueden vivir de la adhesión pura, si al mismo tiempo el odio, y con él el terror, no procuran los contrapesos. Ahora bien, el terror se tornaría absurdo si los votos fueran buenos en un cien por cien. En ese caso el terror golpearía únicamente a hombres justos. Este es el segundo significado que posee el aludido dos por ciento. Él es la demostración de que los buenos son, sí, una inmensa mayoría, pero no se hallan enteramente libres de peligros. En cambio, cabe suponer que, en presencia de una unidad tan

convencida, solamente una contumacia muy especial puede negarse con su comportamiento a participar de ella. Quienes así actúan son saboteadores que utilizan la papeleta de voto; ¿y qué hay más sencillo que pensar que tales individuos pasarán a otras formas de sabotaje, si se les presenta la ocasión?

Este es el punto en que la papeleta de voto se transforma en folio de cuestionario. Aquí no es necesario suponer que vayan a exigirse responsabilidades individuales por la respuesta dada, pero de lo que sí se puede estar seguro es de que existen relaciones numéricas. Se puede estar seguro de que ese dos por ciento aparecerá también, de acuerdo con las reglas de la contabilidad por partida doble, en unos registros diferentes de los de la estadística electoral. Aparecerá, por ejemplo, en las listas de nombres de los presidios y de los campos de trabajo, o en aquellos lugares donde es Dios el único que cuenta las víctimas.

Tal es la segunda función que esa diminuta minoría desempeña en relación con la inmensa mayoría. La primera función consistía, como hemos visto, en ser la minoría que otorgaba valor — más aún: realidad — a la mayoría del noventa y ocho por ciento. Más importante que esto es, empero, lo siguiente: nadie desea que lo cuenten entre ese dos por ciento. Ese dos por ciento pone a la vista un insidioso tabú. Al contrario, cada cual otorgará importancia a que se difunda bien difundido que el voto emitido por él ha sido un voto bueno. Y si acaso el individuo en cuestión formase parte del mencionado dos por ciento, ocultará eso aun a sus mejores amigos.

Otra ventaja del aludido tabú consiste en que está dirigido también contra la clase de los que no votan, contra los que se abstienen. La actitud consistente en no participar en las elecciones es una de las que llenan de inquietud a Leviatán; pero quien es ajeno al asunto tiende a sobreestimar la posibilidad de la abstención. En vista de los peligros que la amenazan, esa

actitud se esfuma con rapidez. Siempre podrá contarse, pues, con una participación casi total en las elecciones, y no será mucho menor el número de los votos emitidos en el sentido deseado por quien hizo la pregunta.

El votante dará importancia a que lo vean emitiendo su voto. Si desea proceder con total seguridad, también mostrará a algunos de sus conocidos la papeleta antes de introducirla en la urna. Lo mejor es hacer eso recíprocamente; así se podrá luego testificar que la cruz estaba puesta en el lugar debido. En esto hay un gran número de instructivas variantes. El buen europeo que no ha podido estudiar tales situaciones no puede hacerse idea de ellas ni aun en sueños. Así, un personaje que siempre se repite es el buen señor que entrega su papeleta al tiempo que dice, más o menos, esta frase:

—Pues también cabría depositarla abierta.

A lo que el funcionario electoral responde, con una sonrisa benévola y sibilina: —Desde luego, desde luego... Pero no debe hacerse.

Realizar una visita a tales lugares es algo que agudiza la vista para estudiar los problemas del poder. Uno se aproxima aquí a uno de sus centros vitales. Pero nos llevaría demasiado lejos el ocuparnos en los pormenores del montaje. Vamos a contentarnos con el estudio de un personaje singular, el del hombre que entra en uno de esos locales con el firme propósito de votar “no”.

4

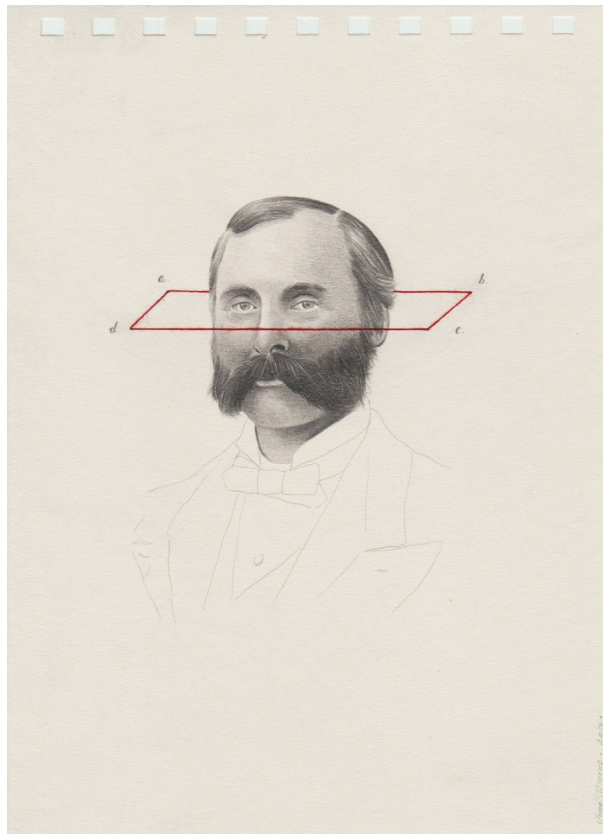
Tal vez no sea tan singular el propósito de nuestro hombre. Es posible que muchos otros compartan esa misma intención; probablemente su número represente una cantidad significativamente mayor que el mencionado dos por ciento del cuerpo electoral. La puesta en escena de las elecciones se propone hacer

creer a nuestro hombre, por el contrario, que se encuentra muy solo; y no sólo eso, la mayoría debe resultar imponente no sólo por su número, sino también por los signos de una superioridad moral.

Cabe suponer que nuestro votante ha sabido resistir, gracias a su capacidad de discernimiento, a la propaganda, a una propaganda prolongada e inequívoca, que con gran habilidad ha ido intensificándose hasta el día mismo de las elecciones. No ha sido fácil la tarea de resistir. A lo anterior se añade que la adhesión que de él se demanda se ha revestido con la modalidad de unas preguntas sumamente respetables; se le invita a participar en unas votaciones en favor de la libertad o en pro de la paz. Ahora bien, ¿quién no ama la paz y la libertad? Habría que ser un monstruo para no amarlas. Esta mera circunstancia confiere un carácter criminal al “no”. El votante que emite un voto malo se asemeja al criminal que se aproxima sigilosamente al lugar del delito.

En cambio, el votante que emite un voto bueno, ¿de qué modo tan diferente se siente reconfortado por el día de las elecciones! Ya mientras estaba desayunando recibió a través de la radio la última incitación, las últimas instrucciones. Sale luego a la calle, donde reina un ambiente de jornada festiva. En todas las casas, en todas las ventanas hay banderas colgadas. En el patio del local donde se vota lo recibe una pequeña banda que está interpretando marchas militares. Los músicos van vestidos de uniforme; tampoco en la sala donde se vota faltan los uniformes. Como se halla entusiasmado, al elector bueno se le escapará, en cambio, que apenas puede decirse que exista una cabina cerrada donde rellenar la papeleta.

Es en ese detalle en lo que ante todo se fija, claro está, la atención del elector malo. Con el bolígrafo en la mano, se ve enfrentado a un colegio electoral que va vestido de uniforme; su proximidad le produce desconcierto. Las



Juan Osorno. *Intersecciones*. Lápiz sobre papel. 21 x 15 cm. 2016

papeletas se rellenan sobre una mesa que tal vez se halle cubierta por los restos de un paño verde. No cabe duda de que el montaje está muy bien pensado. No es probable que pueda verse la casilla que el votante va a marcar con una cruz. ¿Pero está enteramente excluido lo contrario? La víspera ha oído susurrar que las papeletas han sido numeradas con unas máquinas de escribir carentes de cinta. Al mismo tiempo ha de asegurarse de que el hombre que se encuentra a sus espaldas no está mirando por encima de su hombro lo que escribe. Desde la parte alta de la pared lo contempla, con una sonrisa helada, un retrato gigantesco del jefe del Estado, vestido asimismo de uniforme.

La papeleta de voto, a la que ahora vuelve su atención nuestro hombre, irradia asimismo una fuerza sugestiva. Esa papeleta es el resultado de unos cálculos cuidadosos. Debajo de la frase “Elecciones en favor de la libertad” se ve



Juan Osorno. *Anomalías oculares*. Lápiz sobre papel.
21 x 15 cm. 2016

un gran círculo: "Aquí es donde debes poner tu 'sí'". Junto a él casi desaparece un segundo círculo, un círculo pequeño, destinado al "no".

Ha llegado el gran momento: el votante se dispone a poner una marca en su papeleta. Coloquémonos mentalmente a su lado; efectivamente, ha votado "no". Es cierto que ese acto constituye una encrucijada de ficciones, que ya investigaremos: las elecciones, los electores, los carteles electorales, todas esas cosas son etiquetas que aluden a realidades y procesos enteramente distintos. Son un espejismo. Mientras se hallan en proceso de ascenso, las dictaduras viven en gran parte del hecho de que aún no haya sido posible descifrar sus jeroglíficos. Hasta más tarde no encuentran su Champollion, el cual, ciertamente, no restituye la antigua libertad. Pero sí enseña a dar una respuesta correcta.

Tenemos la impresión de que nuestro hombre ha ido a caer en una trampa. Esto no hace menos admirable su comportamiento. Es cierto que su "no" constituye un mero gesto ejecutado en una posición perdida; pero, a pesar de todo, causará efecto. Esto no se notará, desde luego, en aquellos sitios donde el viejo mundo continúa bañándose en los rayos del sol poniente; no se notará en las hermosas colinas, en las islas, en suma, allí donde reinan climas más templados. En cambio, el otro noventa y ocho por ciento de los votos emitidos sí que causa en los citados sitios una impresión enorme y, como hace ya mucho tiempo que viene celebrándose de una manera cada vez más irreflexiva el culto de la mayoría, se pasa por alto el mencionado dos por ciento. El papel de este consiste en hacer visible, en forma aplastante, a la mayoría, pues esta dejaría de serlo si se hubiera alcanzado el cien por cien de los votos.

Por tanto, en los países donde aún se conocen las elecciones auténticas, un éxito tan grande como ese, la obtención de un noventa y ocho por ciento de los votos, provocará primero asombro y respeto, y luego envidia. Si el efecto de semejante éxito se deja sentir también en la política exterior, entonces esos sentimientos pueden trocarse de repente en odio y desprecio. Pero también en este caso se pasará por alto a los dos justos, al contrario de lo que hizo Dios en Sodoma. Se oirá decir que en aquel país se han conjurado todos con el mal y que se hallan maduros para una ruina bien merecida.

[...]

Ernst Jünger (Heidelberg, Alemania, 1895 – Riedlingen, Alemania 1998) publicó, entre otros, los libros: *Juegos africanos*, *Tempestades de acero*, *El corazón aventurero*, *El trabajador*, *Sobre los acantilados de mármol* y *La emboscadura* (Barcelona, Tusquets, 2002, 174 p.), de donde extractamos el fragmento aquí publicado con fines reflexivos y académicos.